

esclama, ¿eres tú mi divino Emmanuel? ¿Eres tú el que yo tuve por nueve meses en mis entrañas y alimenté con el néctar de mis pechos? ¡En qué estado te veo!!! ¡Cuánto has padecido! Deja, deja por piedad esa Cruz y si es necesaria una víctima, aquí está tu Madre que morirá gustosa. Pero ya conozco que tú eres la única víctima que puedes aplacar la justicia del Eterno Padre; mas yo no puedo resistir la pena que me aflige, el dolor que destroza mi corazón. ¡Hijo mio! ¡Hijo de mis entrañas!!! Palabras son estas que atormentan el corazón de Jesús mas que sus mismos padecimientos: por eso la dirige su mirada y la dice: ¿por qué, madre mia, habías de presenciar este espectáculo? ¿Por qué así vienes á hacer con tu presencia mas crueles mis tormentos? Retírate, Madre amante, y no vengas á presenciar la muerte de tu Hijo, que es necesario que se verifique. ¡Ah! ¡y Madre é Hijo se abrazan!... ¡Y los soldados tratan de separarles!... ¡Y Jesús cae en tierra!... ¡Y le levantan tirándole de los cordeles!... ¡Y vuelve á caer!... ¡Y se divisa el Calvario!... Apartemos nuestra vista de este lugar donde Madre é Hijo van á apurar el cáliz de la amargura hasta las heces. Mañana fijaremos nuestra consideración en el Calvario.

Ahora, mis hermanos, contemplad si podeis la intensidad del dolor de la Santísima Virgen, en el aflictivo paso del encuentro con su Hijo en la calle de la Amargura, y procurad acompañarla con los mas vivos afectos de tierna compasión, y veamos el modo como podemos imitarla en la lección que hoy nos da de humildad profundísima, sufriendo sin exhalar una queja el agudo dolor que divide su corazón. Seguidme favoreciendo con vuestra cristiana atención.

SEGUNDA PARTE.

¿Qué os dice vuestro corazón, hermanos míos, después de haber presenciado la escena trágica de la calle de la Amargura? No dudo que se habrán despertado en vosotros los mas nobles sentimientos de compasión hacia los dos personajes, cuyos padecimientos y tormentos venimos contemplando. Ese que agonizante camina cargado con el peso de la Cruz es nuestro Redentor: verdad es que no tiene aspecto de hombre, que está desfigurado y casi exánime, que está hecho una llaga de los pies á la cabeza, pero esto no obstante es un Dios con el Padre y el Espíritu Santo. ¡Cuánta caridad! ¡Cuánta humildad y abatimiento! Mortales: vosotros los que llenos de un orgullo con el que queréis dominar y avasallar á vuestros hermanos, vivís olvidados de vuestra pequeñez y miseria, fijad vuestra vista en la calle de la Amargura; observad esos preciosos modelos, y no podreis menos de quedar confundidos.

La soberbia, vicio funesto que convirtió en demonios á los ángeles rebeldes, fué el origen de la degradación de la humanidad: no contentos nuestros primeros padres con el estado feliz en que habian sido colocados por Dios, aspiraron á mayor grandeza, y quisieron igualarse en sabiduría al Hacedor Supremo. ¿Qué hubiera sido de la humanidad, sin la venida del Reparador? El pecado habia levantado espumosas olas de ruina y perdición.

Ni la gloria y honor que recibieran los escogidos Patriarcas, Profetas esclarecidos y privilegiados justos, ora conduciendo al pueblo, salvándole de sus enemi-

gos y manifestando el brazo Omnipotente que les conducia, ora entonando con salterio agradable y dulce cítara himnos en los que anunciaban al mundo su reparacion: ora con superior espíritu marcando los pasos, trabajos y aficciones de un Dios, que esperarían las gentes hecho hombre por el hombre mismo, podían mitigar la tristeza que les ocasionaran los trabajos y aficciones de la vida.

Noé ve en el Arca el único refugio que hallar pudiera para libertarse del general naufragio. Se salva él y su familia con los animales que encerrara por orden del mismo Dios, empero llora y suspira, sabiendo que aquel castigo era efecto de la soberbia y general corrupcion de los hombres, y clama por el remedio. Abraham recibe las bendiciones de Dios, se alegra en su futura dicha y con sonora voz canta que un sacrificio por siglos suspirado seria el remedio de los mortales. Angeles le acompañan, le libran de los peligros, pero no por eso deja de suspirar y en el sacrificio de su hijo Isaac conoce cuán miserable es la suerte del hombre. David anuncia el consuelo y la alegría al mundo, y cuando pulsa su arpa, riega el trono con sus lágrimas, reconociendo sus flaquezas, y en su continúa lucha con los coaligados reyes, tiembla y no halla consuelo en los trabajos de la vida. Isaias llora: Jeremías suspira: Daniel se aflige: tiembla Oseas, y con una misma voz, piden el remedio de sus males. Todos anuncian la venida del Mesías, todos dicen á los mortales: «Sanareis de vuestra enfermedad, cuando un Dios se presente entre vosotros, pierda su hermosura, eclipse su belleza, oculté su divinidad, y tomando sobre sí los pecados del mundo, satisfaga por todos al Eterno Padre.

Vino, señores, el suspirado remedio: tuvieron efecto los vaticinios, y el Príncipe de paz eterna hállese ya cargado con las maldades del mundo en el camino que conduce al monte del sacrificio. La soberbia es vencida, y el Eterno Padre mira desde el alto trono de su gloria, no á Adán desobediente y soberbio, sino á Jesus obediente y humillado; no á Eva que introduce el mal, sino á María que coopera á la obra de la Redencion; no á aquel árbol cuya fruta fué un tósigo de muerte, sino el árbol sacrosanto de la Cruz bajo el cual camina agonizante el divino Nazareno.

Decidme, pues, mis hermanos: ¿Cuál debe ser el libro de estudio del cristiano? ¿Cuáles los modelos que debe tener delante de los ojos? ¡Ah! no otros que Jesus y María. ¿Podeis concebir un cristiano sin humildad, cuando Cristo vino á vencer la soberbia? ¿Podrá decir, yo soy un discípulo de Jesucristo, el que rehusando las mortificaciones y la humildad de la cruz, vive en la altivez y en la soberbia? No os hagais ilusiones: renunciar á la humildad es renunciar al cielo: si por soberbios salieron de esa morada de paz los ángeles rebeldes, ¿qué espera el hombre altivo, despues que Jesucristo le ha señalado el camino de la humildad como único que conduce al cielo?

Causa en verdad un profundo dolor el ver á muchos cristianos, que olvidados de sus deberes religiosos y de las promesas que hicieron en el bautismo, no solo tienen el corazon entregado á los placeres, sino que llenos de soberbia desprecian á aquellos de sus prójimos que son menos sábios ó de mas pobre cuna que ellos: guiados por tan funesta pasion no perdonan la menor injuria, y procuran vengarse de la mas mínima ofensa; engreidos por la posicion que ocupan

ó por los bienes que poseen, creen ser de mejor condicion que sus hermanos, y en su boca solo se hallan palabras denigrantes para sus domésticos y dependientes. Estais ciegos, hombres altivos, cuando no conoceis vuestra pequeñez y miseria: estais engreidos con vuestros bienes y son perecederos, con vuestra grandeza y dura cuatro dias, con vuestra posicion social y parareis en la hediondez de un sepulcro. ¿Teneis fé? ¿Quereis aprovecharos de la sangre de Jesus y de los dolores de María? ¿Quereis ser ensalzados á la grandeza de la gloria? Pues humillaos y no olvidéis lo que nos dice Jesucristo: que el que se ensalzare será humillado, y el que se humille será ensalzado: *Qui se exaltaverit humiliabitur; et qui se humiliaverit exaltabitur.*

¿No os gloriáis, mis hermanos, de ser devotos de la Santísima Virgen? ¿No deseais su proteccion y amparo? ¿No fundais en ella despues de Dios vuestra esperanza? ¿Pues cómo os protegerá, cómo alcanzareis los frutos de su devocion si sois soberbios? La soberbia fué la autora de los tormentos y muerte de su Hijo y de sus propios dolores, y así no os protegerá si no os humillais. ¿Por qué fué ella bienaventura? Porque fué humilde. *Quia respexit humilitatem ancilla suae: ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.*

¡Ah! ¡qué heroicamente practicó esta virtud sublime en el paso que hoy hemos meditado! Ella veía lo que hacian padecer los verdugos al Hijo de sus entrañas: oía los insulsos y sarcasmos que le dirigia aquel populacho: tenia el dolor de presenciar las risas y bufonadas, el sacrilego atentado de escupir en su divino rostro, y tirarle de sus barbas con la mayor crueldad. Y á pesar de esto María ni una mirada de enojo ni una

palabra de queja dirigia á aquellos lobos carnívoros. Siente en su alma los mismos tormentos que Jesus en su cuerpo; su corazon se ve traspasado de dolor; pero sierva humildísima adora los decretos de la Providencia, y se resigna á cuanto es voluntad del Señor.

Y la que de tal modo obra: la que así se humilla tan profundamente, no solo es grande por su cuna, sino que lo es mucho mas sin comparacion por su altísima dignidad con la que no puede competir mortal alguno. ¿Pero cómo podia obrar de otra manera la que al escuchar las palabras del ángel que la elevaban sobre todas las criaturas, se humilla hasta el extremo de llamarse esclava? ¿Cómo no habia de ser humildísima la Madre del Dios que vino á destruir la soberbia? ¡Ah! Nada es nuestra grandeza comparada con la suya: es mucho menos que si comparamos la altura de un grano de arena con la de los célebres montes de la Armenia; y sin embargo, nos ensoberbecemos y huimos de la humildad, virtud á quien los apasionados del mundo llaman bajeza. Piense como quiera el hombre que nada vé mas allá del sepulcro: nosotros, que por la Divina misericordia vivimos en la fé de la católica Iglesia, sabemos que no debemos vivir sino en Jesucristo, el cual no reconocerá por hijo á aquel que no haya andado por los caminos de la humildad.

En vista pues de esta verdad, procuremos practicar virtud tan agradable á los ojos del Señor, y tan recomendada en las sagradas letras: Jesucristo que nos la enseñó humillándose hasta la muerte, nos dice de continuo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon: *discite á me quia mitis sum, et humilis corde.*» Y María, esa Madre dolorosa, objeto de nuestro tierno

amor, nos llama á sí mostrándonos su humildad y enseñándonos el camino de la salvacion. ¿Conoceis toda la desgracia del que carece de la gracia de Dios? Pues esta gracia se concede tan solamente al humilde y se niega al soberbio: *Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam* (1).

Haced, Virgen dolorisíma, que teniendo nuestros ojos siempre fijos de los grandes ejemplos de humildad que nos dejasteis, lloremos nuestros pasados extravios y actos de soberbia, y siguiendo tan hermoso camino consigamos la herencia que Jesucristo nos conquistó con su sangre; obra á la que vos concurrísteis y en la que sufrísteis tan acerbos dolores, que es la gloria que os deseo. *Amen.*

(1) Jacob, cap IV, v. 6.

SERMON

SOBRE EL

QUINTO DOLOR DE MARÍA SANTÍSIMA.

Crucifixion.

Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.

Estaba al pié de la Cruz de Jesus su Madre.

Joan. cap. XIX, v. 25.

Los Profetas lo habian predicho á través de los siglos, y el mismo Jesucristo lo habia anunciado á sus discípulos á su entrada en Jerusalem. *El hijo del hombre será entregado á los gentiles, y será escarnecido y escupido: y despues que le azotaren le quitarán la vida y resucitará al tercero dia* (1). En efecto, esta sangrienta escena que para su remedio esperara el mundo, háse verificado con las circunstancias mas terribles y dolorosas.

Era el año de la creacion del mundo, cuatro mil y treinta y tres, segun el cómputo comun: al cumplirse la semana setenta de la célebre profecía de Daniel:

(1) *Ecce ascendimus Jerosolymam, et consummabuntur omnia, quæ scripta sunt per prophetas de filio hominis. Tradetur enim gentibus et illudetur, et flagellabitur, et conspuetur. Et postquam flagellaverit, occident eum, et tertia die resurget. Luc. cap. XVIII, v. 31, 32 y 33.*